

Carpintería

Hablarás de tu infancia y tu pueblo. ¿Por dónde empiezas? No hay duda: por la carpintería.

Olor a viruta fresca, a madera caliente. Como manjar, como pan. Al acercarte lo venteabas y, literalmente, se te hacía la boca agua. Carpintería sanctasanctorum, cielo, non plus ultra, lugar donde ingresas en una otra dimensión y todo, absolutamente todo, es posible. Por eso buscamos cualquier excusa para merodear y acercarnos a sus montones impolutos de serrín -ése que luego verás ennegrecido y húmedo en el suelo de los bares-, al chillido aturdidor de las máquinas -el disco de corte, la barra de lijar y desbastar-, a los hombres vestidos de mono azul y cubiertos de un polvo finísimo que hacen magia con la madera. En el pueblo hay unas cuantas, pero en mi recuerdo aparecen dos: la de *Juan el del Deo* (así le llamaban porque se amputó uno en el ejercicio de su profesión), detrás de la iglesia, y la de Tío Costa, cerca de la Plaza del Rollo. Cuando teníamos un motivo suficientemente poderoso, normalmente manualidades del cole, entrábamos con timidez y emoción, dispuestos a hacer durar y saborear cada instante de tan portentosa experiencia, dispuestos a hacer valer nuestras pocas pesetas, aunque allí casi nunca te cobraban. El serrín, por ejemplo, era gratis -siempre que no abusaras- y aunque en casa no sabías darle una aplicación concreta lo atesorabas durante mucho tiempo. Luego salíamos de allí flotando, incrédulos por la generosidad de aquellos magos. Si nos hubieran preguntado qué queríamos ser de mayores, seguro que habríamos dicho -aunque conscientes de lo inalcanzable de la meta- que carpinteros.

Tengo nueve o diez años y en la escuela han mandado construir un barco a partir de un tronco, de modo que nos vamos al pinar que hay por encima del barrio de *El Cerro* y nos traemos el que mejor nos parece a cada uno. Cuando llamo magos a los carpinteros no es por exceso verbal: les entregué mi tronco y expliqué lo que quería. De un tajo de la máquina salió la popa, dos tajos más y tenía la quilla, un tajo por la mitad y ya estaba hecha la cubierta. En comparación con eso, ahuecar el barco a punta de navaja me llevó semanas y algún que otro corte. Luego pegué un trozo de madera en el

centro para sostener la vela y lo pinté de negro. Durante años estuvo dando vueltas por la casa y luego no lo he vuelto a ver, imagino que sucumbiría a alguna limpieza de temporada.

Panadería

Hay dos máquinas que rotan como hormigoneras y tienen forma de taza metálica o lata de conservas. Suelen estar quietas, amenazantes y pesadas, aunque alguna vez las he visto en movimiento. El observar cómo giran y mezclan parsimoniosamente la harina con el agua y la hacen pasar por una especie de cuchillas verticales induce en mí un temor supersticioso. La harina se almacena en sacos, pero también está en el aire, y lo mancha y lo impregna todo.

Al fondo, el horno. La puerta es una trampilla rectangular, habitualmente cerrada. Cuando se abre, todo resplandece en rojo, y es como si contemplaras la antesala del infierno. Sacan el pan con largas palas de madera, y lo depositan en las baldas de una estantería. Son hogazas grandes, potentes, de las de antaño. Me maravilla que no aparezca ninguna negra ni churrumascada, también que no se quemen las palas.

El dueño se llama Manolo, y su cara redonda y tostada recuerda a los panes. Su mujer es Nati, y yo encuentro el nombre de lo más adecuado, pues parece abreviatura de *natillas*, y como todo el mundo sabe en las panaderías también se hacen dulces. Tienen tres hijas y un hijo, todos mayores que yo. Recuerdo a Mari Sol, que era muy buena conmigo; también a Javi, a quien siempre veía sonriente. Me cuenta mi padre que como en su casa, paredaña con el negocio familiar, hacía tantísimo calor se venían a la sastrería a tumbarse en el suelo, buscando el fresquito.

En la puerta de la panadería hay un motocarro blanco que usan para el reparto. A mí me intriga mucho ese automóvil de tres ruedas ya que sólo hay otro igual en todo el pueblo, aunque de color azul.